

Gonzalo Díaz Recasens-Gabriel Ruiz Cabrero

Introducción a la obra de algunos arquitectos sevillanos

Si la ciudad de Sevilla y sus monumentos son bien conocidos, no ocurre lo mismo con la arquitectura que hoy, en la ciudad del Betis, se construye o proyecta. Esto no es de extrañar, pues la atención que revistas y otras publicaciones especializadas le dedican están muy por bajo de su interés real.

Y no es solamente la arquitectura que se construye lo que tiene interés, sino toda una situación cultural que la hace posible, y que se evidencia en la preocupación de los arquitectos sevillanos por los profundos valores de su ciudad, los que por encima de enfoques folklóricos y aun historicistas, tratan de profundizar en su realidad, a través de todos los caminos a su alcance: los ejercicios propuestos en los Talleres de Proyectos de la Escuela, los trabajos de levantamiento (hay que citar rápidamente el que está realizando A. Barriónuevo y F. Torres, y que esta revista quiere publicar) o los numerosos concursos que se plantean (en estos momentos el fundamental de la Alameda de Hércules), actividades todas ellas en las que no solamente se implica lo más comprometido de la profesión, sino que se hace participar a especialistas y profesores de fuera, como atestigua la prensa local, en la que nombres como los Tafuri, Moneo, Rossi o Siza Vieira son hartos más frecuentes que en ciudades como la nuestra.

La publicación de los trabajos que siguen es un intento de aproximación a la realidad de Sevilla.

No se trata de dar una visión completa o general del tema, sino de aportar algunos datos que creemos importantes a la luz del trabajo de un número muy reducido de autores.

Se recoge la obra de arquitectos formados, casi en su totalidad, en la Escuela de Arquitectura de Sevilla. Esta limitación busca simultáneamente insistir en el carácter plenamente *sevillano* y nuevo de las obras y, lo que es más importante, subrayar la incidencia que una institución como ésta puede tener en el panorama cultural de una ciudad.

Efectivamente, si bien es ingenuo hablar de una escuela sevillana o andaluza, sí se puede decir que existen ciertas vinculaciones comunes, más culturales que académicas, basadas fundamentalmente en su intento por establecer el «corpus» de la arquitectura, es decir, el alcance de la arquitectura en su contexto.

Independientemente de que todos estos arquitectos se han educado en esta escuela, conviviendo en ella en una situación general de revisión y crítica de las diversas corrientes y de los grandes maestros, y que posteriormente en la mayoría, por no decir la totalidad, de los casos, han impartido enseñanza en ella; existen una serie de constantes comunes que pueden resumirse en las búsquedas por delimitar el campo disciplinario de la arquitectura como constructora de la realidad física.

La actitud común se puede centrar en el intento por presentar una arquitectura directamente implicada en los problemas de contexto, y es en alguna medida un frente común en contra de la vieja presencia de la arquitectura, que podríamos denominar *oficial*.

La conciencia de una arquitectura como lenguaje, las referencias a la his-

toria cuestionando los sistemas compositivos convencionales, el respeto por las preexistencias y la predisposición por valorar la ciudad, podemos decir que son aspectos comunes; y estos puntos de contacto son los que han determinado los criterios de selección.

La proximidad obligada de este grupo de arquitectos que comparten la misma ciudad, los mismos canales de información y determinados puntos donde se aglutina la labor teórica de la arquitectura, ha posibilitado también que determinadas palabras críticas adquieran una mayor carga significativa, con más connotaciones que las comunes en otras geografías, estos acentos no permiten *aún* hablar de un lenguaje propio.

Esta arquitectura, entendida en todos los casos como dialéctica entre la realización y el sistema autobiográfico de expresión, se nos presenta necesariamente con una gran diversidad.

Las referencias a códigos distintos, la gran variedad de argumentos formales, la diversidad de lenguaje y los diferentes modos de responder a los problemas de contexto, nos presenta unas arquitecturas distintas. Si bien es posible reconocer en muchas de ellas ese empeño por estar al día, que se consigue al precio de la propia identidad.

También es posible reconocer en casi todas las obras que se publican la presencia de elementos menos frecuentes en otras ciudades. Baste como ejemplo esa actitud de recuperación y adaptación del Movimiento Moderno, como si fuera una edad que no se vivió y por

(*Sigue en la pág. 9.*)

sean casi sólo los psicológicos. Es curioso contemplar en sus proyectos una excitante simbiosis entre intuición y rigor, como la que se aprecia en una obra tan importante como la casa en la calle Pedro del Toro (ejemplar para la arquitectura a hacer en el centro histórico). Este es un riesgo —que en el ejemplo citado se decanta favorablemente— que Sierra asume con una seguridad —aparente al menos, es decir, voluntad de seguridad— propia de los maestros de la época dorada del movimiento moderno.

Por su parte, en los proyectos de Díaz Recasens la componente psicológica de su personalidad genera una fijación del método proyectual, la composición por partes. Desde los ejercicios reducidos en su serie de locales bancarios, hasta el interesante edificio de la Facultad de Económicas, realizado en estrecha colaboración con Fernando Villanueva, el valor abstracto de las piezas, a veces de definición más literaria que espacial, busca una recurrencia a la categoría formal-monumental a través de la yuxtaposición. En éste, como en casi todos los demás arquitectos jóvenes cuyos trabajos se reproducen aquí, hay una insistente voluntad autonómica para la disciplina, con la esperanza de que la hipótesis de su control pueda convertirse en realidad.

La invocación, esa fórmula adherida a nuestros arquitectos contemporáneos, puede llegar a ser mágica en ocasiones (¡funciona!), pero ridícula en las más. Entre arquitectos sevillanos sobre la treintena, todos vocacionales y artesanos de su autoría, la remisión a las pautas estilísticas no debe ser rechazada *a priori*, cuando en los grandes invocados reina ya, a su vez, el mismo juego, si bien sea en cotas exquisitas, king size. Aquí tenemos buenas invocaciones, de labor *caldo de gallina*, en las que encontrarse alguna estaca no debe mover a indignación: basta con retirarla y seguir aspirando.

Los trabajos de Cruz y Ortiz, o los proyectos de González Cordón, son demostrativos de cómo vale recurrir a la racionalidad del lenguaje con la técnica del collage y la sana exposición de las partes propias y ajenas, confrontadas en un ejercicio saludable para quienes lo practican o para quienes lo siguen con espíritu deportivo.

Lo que en unos pueda haber de ejercicio de la memoria y de referencias a un amplio espectro (que no es lo

mismo que eclecticismo vulgar, en razón al control del que ese espectro es resultado), en el otro, el manierismo de la *tendenza* alcanza una dignidad proyectual, poco habitual en un recién graduado, tanto en la idea de representación como en la afortunada ausencia de los tics *ortodoxos*. Esa dignidad resulta muy adecuada, para aclarar cómo el *acné* del rossianismo no es una acusación que sirva para abarcar todos los recovecos de una *manera* de tal importancia histórica que no se liquida a golpe de palmeta. (Porque también sería adecuada para enriquecer una hipotética polémica local, tan sólo apuntada en dicitarios fiscalizadores escolares adobados en porteño.)

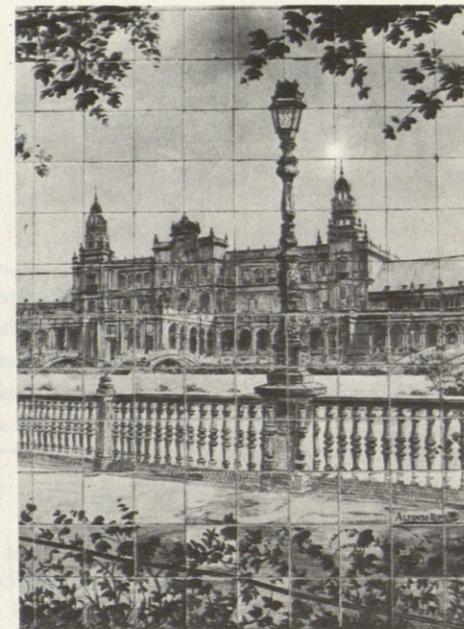
Tipología edilizia e morfología urbana son conceptos que para una ciudad histórica como Sevilla adquieren valor de conjuro. ¡Por fin la *seriedad científica*, en pura arquitectura, barrerá a los epígonos enquistados del furgón de cola de la Academia! (Pero, ¡coño!, no resulta tan fácil. Parece como si la Academia estuviese más viva que la *tipología edilizia*. Y la verdad es que aquí no hay más vivos que los vivos, y aquello de que *más sabe el diablo*...) Pero todo se irá. Estamos en el tránsito, aunque al final del tránsito quizá no quede ya *tipología edilizia*, y haya que estudiarla en la *otra ciudad*. (Hará falta un Morgado que relate un cambio tan importante como el del XVI.)

Los proyectos y obras de Torres y Antonio Barrionuevo, como algunos trabajos de Ruesga y Villanueva, había que situarlos dentro de sus preocupaciones por *lo urbano*, por esa fórmula tan manida (¡qué remedio!) de la *construcción de la ciudad*. La referencia a la identidad de Sevilla, desde los modelos genéticos a la formulación ejemplar de un lugar exacto, es una metodología disciplinar que en la etapa analítica alcanza niveles verdaderamente notables. Las técnicas de representación y los levantamientos orientados por Torres y A. Barrionuevo en la Escuela de Arquitectura, alcanzan un valor inmenso que al cabo de los años puede llegar a traducirse en un corpus de inestimable valor.

El temple de honestidad profesional-proyectual de Francisco Barrionuevo enseñando cómo se mata recibiendo (y sin pestañear); o el volapié, tras un aliñado toreo de capa, de Manolo Trillo (esto sí es *argumentalidad* —argumentalidad exótica—), ha permitido producir el casi milagroso panorama

de un conjunto numeroso de *corridas* en las que ha habido de todo, pero lo bueno ahí está. (Ahí está el ejemplo de Marín.) Es muy hermoso ver diestros de tan variada fortuna, pero todos *artistas*. Los maletillas esperan su oportunidad. En arquitectura, afortunadamente, también existe el *toreo de salón*.

Victor Pérez Escolano.



(Viene de la pág. 7.)

la que es preciso pasar, aunque sea a deshora. La presencia de los constructivistas, Terragnis, Bauhaus, etc., parece confirmarlo. En definitiva, todo un esfuerzo en *busca del tiempo desperdiciado*, cuya recompensa será esa Escuela Sevillana que hoy aún no existe. ¿Puede esto ser un objetivo?

Precede a todas estas obras un artículo de Víctor Pérez Escolano que las introduce y explica.

Otros dos artículos, uno de Fernando Villanueva, Juan Ruesga y Lino Alvarez sobre lo que, a la espera de su escrito y para entendernos, podríamos llamar Arquitectura sin arquitectos, y otro de J. R. Sierra sobre las Intervenciones en el Casco Histórico de Sevilla, publicados en su situación profesional, cerraran el segundo de los dos números con que la revista Arquitectura quiere acercarse a Sevilla.